

## BIBLIOGRAFIA

JOSE DE ARTECHE. *Discusión en Bidartea*. Editorial Icharopena. Zaraus. 1967.

El título primigenio de este último libro de José de Arteche era el siguiente: "El pintor añorante". Correspondencia a una veta vocacional nostálgica del gran escritor... En efecto, sabido es que el autor de "Mi Guipúzcoa" comenzó por sentirse pintor antes que literato cuando las musas le besaron por primera vez en la frente, esa frente a la que el tiempo, los sinsabores profesionales, la incomprensión de algunos colegas y el acoso del reaccionarismo intelectual, no han desposeído de su inocencia. Luego, casi "in extremis", amigos dilectos de Arteche le insinuaron que convenía cambiar el aludido título por el de "Discusión en Bidartea", que ha sido el definitivo... Al conocer la novedad, nos dolió en las raíces del alma, quizás porque somos propensos a dejarnos encandilar por las rotulaciones con airon de melancolía... Ahora, leído el libro, creemos que "Discusión en Bidartea" era realmente el lema general que convenía a este agavillamiento de prosas artechianas, y en seguida diremos las razones que nos mueven a asegurarlo.

El texto "Discusión en Bidartea" es un magnífico ensayo de sicología vasca, y hasta de sociología del país, desarrollado a través de unos debates intelectuales amparados por el amable ambiente de un caserío de Sara. Allí estaban Echarte y Otazua (seudónimos circunstanciales de dos grandes vascos), Luis de Uranzu, el doctor Sansinenea, el arquitecto Vallet, el llorado Alfonso Berástegui y el pintor Montes Iturrioz. No terminó la discusión en un abrazo intelectual al estilo liberal... pero las ideas de quien afirmó "la esperanza es irrazonable" triunfan a lo largo de todo este libro. Por eso su título es un epígrafe, y si nos apuran un poco, casi un membrete de adicto al humanismo liberal.

Prosigue la obra con varias muestras del consumado arte de paisajista literario que posee José de Arteche, pero de paisajista que no se olvida jamás que la geografía configura al hombre que la vive de forma cotidiana, y de ahí que, a menudo, el autor de "Discusión en Bidartea" coloque planos psicológicos, introspecciones dolorosas o confortadoras, y exploraciones del alma ajena, entre la descripción de paisaje del alma en el sentido unamuniano de la expresión. Señalemos, por cierto, que Arteche zahiere en varios lugares de su volumen al rector de Salamanca, particularmente en lo que concierne su interpretación de la idiosincrasia de determinado monarca portugués.

Son muy hermosas las páginas que Arteche concede a la glosa de hombres y ciudades de la nación portuguesa, a la que conoció a través de un periplo realizado al conjuero de una serie de conferencias. Veterano lusitanófilo, nuestro magnífico colaborador se entretiene con la traza de nobles edificios oficiales, pero abandona pronto esta vertiente de comentarista de fa-



mosas fachadas para hacernos sentir, en una mezcla de quejumbres y de júbilos, el alma del portugués medio, y, sobre todo, de la mujer lusitana, gloriosa arca de virtudes domésticas.

La parte más notable del libro se compone precisamente de esta mezcla de paisajes, agrestes o urbanos, y de tipos humanos —lusitanos, vascos, marroquíes, normandos y bretones—, que el escritor ha ido analizando en sus viajes y, sobre todo, en sus hitos de reposaderos, porque como él sugiere, en fulgurante sentencia poética, transida de una irradiación humanísima: “Caminar es saber detenerse...”

Una sección de “Discusión en Bidartea” machiembra los textos del Arteche combativo, del hombre al que no le agradan muchas cosas que perpetran sus coetáneos con inconsciencia altiva. Los títulos de los capítulos permitirán que el lector reconozca inmediatamente el temario habitual del autor que nos ocupa cuando se transforma en crítico de las costumbres contemporáneas: “Telón de escopetas”; “Transistores en la cumbre”; “Las escopetas y el fútbol”...

Algunos de los más intensos logros literarios de la obra han cuajado en las prosas hilvanadas en torno a Coutances, Normandía y el Mont Saint-Michel, y en ese sugestivo canto a Vasconia con que se cierra “Discusión en Bidartea”. Arteche, que presume de ingenio con la nobleza de todos aquellos a los que habita de verdad esa virtud moral —sempiternamente despreciada por todos los “listos” de este valle de lágrimas—, es también un escritor astuto, en el cumplimiento de su profesión, ante posibles reproches de su lector, por incondicional que sea frente al conjuro de su producción periodística y libresca: con los comentarios a las ciudades y regiones galas mencionadas le ha demostrado ahora, una vez más —recuerden sus visiones de Italia—, que es dueño absoluto de su oficio en cualquier ámbito capaz de hacer resonar la riqueza de su corazón de poeta.

Libro escrito con una prosa clarísima, exornada de cuando en cuando por un vocablo excelso, y por lo tanto infrecuente, que agradecemos como un matiz insólito en la miniatura de un “libro de horas”, obra de una robusta dignidad, recorrida en ocasiones por exquisitos susurros anímicos que recuerdan los rehilos de una oración humilde en la tarde que fenece poco a poco sobre los hombre, los árboles y los pueblos de Euskalerria.

A. V.

JOSE RAMON CASTRO. *Don Carlos III el Noble, Rey de Navarra*. Editorial Aramburu. Pamplona. 1957.

Don José Ramón Castro, fecundo y leal archivero durante cinco lustros del archivo del reino de Navarra, recopilador de ingente cantidad de datos históricos recogidos en treinta y seis volúmenes, acaba de publicar otro grueso tomo titulado “Carlos III el Noble, rey de Navarra”.

Un ancho espacio de la historia del viejo reino pirenaico a través de la biografía de uno de sus más gloriosos reyes. Historia de finales del siglo XIV, los veinticinco primeros años del siglo siguiente. En realidad, el gran libro de Castro, grande no sólo por su tamaño, engloba a través de su dinámica trama muy diversas biografías, entre ellas la de Carlos II, padre del personaje central, el que, en contraposición a su hijo, mereciera el sobrenombre de Malo, calificativo que Castro, prudente, no se atreve a suscribir del todo, y con muchísima razón, porque la historia es siempre muy compleja y los his-



toriadores muy propensos a utilizar ciertos adjetivos que no hacen sino demostrar su tendencia a la comodidad y al lugar común. En historia muchos adjetivos calificativos se cargan a la cuenta de un único personaje para exonerar del mismo acusativo a otros personajes contemporáneos dignos de iguales sobrenombres.

Sin embargo, Castro, al comenzar su descripción del reinado de Carlos III, hace suyas las palabras de Arturo Campión: "El reinado de D. Carlos III el Noble es como la risueña y tranquila mañana que sucede a una noche tempestuosa." Y, no obstante, el lector comienza por seguir paso a paso, con meticulosidad, las difíciles relaciones del brillante y fastuoso rey navarro con su esposa, doña Leonor de Trastámara, la hija de Enrique III de Castilla, el fratricida de Montiel.

Para decirlo todavía más claramente, la hija del asesino de su hermano de padre D. Pedro I, a quien los historiadores, al servicio del vencedor, colgaron un calificativo infamante. Al llegar aquí, declaro sin rebozo mi filiación pedrista, al igual que fueron decididamente pedristas las liberales villas de San Sebastián y Guetaria, pues entiendo, por modo elemental, que si un bastardo puede asesinar a su hermano, el rey legítimo, y después entronizar su propia dinastía, ya no cabe en adelante asombrarse de nada.

Pero, aun a riesgo de detenerme sólo en un aspecto del apasionante estudio de don José Ramón Castro, añadiré que el libro del ilustre cronista habrá de constituir un filón para el estudio de la complicada psicología de los Trastámara. Doña Leonor fue mujer de difícil acuerdo, a quien siempre interesó más Castilla que Navarra, y no sabía ni quería apartarse de las turbulencias de su tierra de origen. Esposa desconfiada, pretende que en Navarra la quieren envenenar. Encizañadora, neurótica, se mantiene apartada de su marido, viviendo en Castilla durante largos años, y en ella se manifiestan ya con gran anticipación los síntomas de perturbación mental tan claros más tarde en los miembros de la ambiciosa casa de Trastámara, la gran potencia en su tiempo de toda la Península Ibérica.

Castro, cronista exacto de toda exactitud, corrige constantemente a Aleson, a Yanguas y a cuantos cronistas se fiaron de éste, y, por corregir, hasta puede permitirse el lujo de enmendar —y con toda razón— al tan exacto Zurita.

Difícil equilibrio el de D. Carlos el Noble con los reyes de su misma sangre francesa por un lado, y, por el otro, con los reyes de Aragón y Castilla, que emparedaban entre todos el reino pirenaico.

No obstante, Carlos el Noble consigue lo que parece imposible: primero, el acuerdo con su esposa, y, más tarde, con todos sus reyes vecinos. Castro describe con minucia la totalidad de los viajes diplomáticos del gran rey, restableciendo inclusive los lugares dudosos de los viejos textos documentales con los nombres de la moderna geografía.

Infinidad de personajes asoman en la biografía del gran pacificador de la ciudad de Pamplona, desgarrada por endémicas guerras civiles. Conmueve la fidelidad del turolense Villaespesa, canciller del reino de Navarra, que, en todo momento, se siente navarro de corazón y servidor del rey a quien presta constantemente tan eficaces servicios, sin ninguna segunda intención.

Apasionante es, asimismo, entre infinidad de pasajes dignos de nota, la historia del regreso de doña Blanca, hija de D. Carlos, infanta primogénita de Navarra y reina de Sicilia, regreso obligado por las circunstancias al falle-



cer su marido, don Martín de Sicilia. Vizcaínos y guipuzcoanos de Llodio, de Zamudio, Lequeitio, Cerain, gentes de armas tomar, acompañaron a la reina de Sicilia en el galeón donde ésta volvía. ¿Restos de los mesnaderos vizcaínos y guipuzcoanos reclutados por los Parientes Mayores que defendieron en Normandía los dominios que allí tenía el rey de Navarra? La nómina de los soldados guipuzcoanos de fortuna que combatieron en Normandía, la sacó el investigador Baleztena y aparece en el tomo tercero de este mismo BOLETIN. (Iruña, Premiñ de: Guipúzcoa y el rey Carlos II de Navarra. Págs. 373-82.)

Pero es obligado abreviar. Don José Ramón Castro, honrado historiador, apunta en su admirable libro a esas determinaciones humanas cuyo alcance nadie es capaz de prever. Carlos III el Noble hace honor al calificativo con que pasa a la historia, ennobleciendo a muchos que le rodean. El pacificador de Pamplona es asimismo el que instituye el condado de Lerín. Castro lo hace notar con indudable intención. La historia pretenden escribirla los hombres, pero en definitiva, a la larga, a través de acontecimientos mínimos en su apariencia, quien verdadera y supremamente la dirige es Dios. Esta es la única dialéctica de la historia que reconozco. Sin que esto pretenda ignorar que el hombre es responsable del mundo que lo rodea y de la historia que produce.

J. A.

JUAN MIGUEL SANSINENEA. "UR" de los vascos (Teoría toponímica). 2 volúmenes. San Sebastián. 1967.

"El autor, antes de que se compre esta obra, desea señalar su contenido, y fijar así el posible interés que pueda tener para el comprador." Y a continuación, el autor resume en seis puntos los temas principales que aborda para dar remate a su teoría, teoría que ocupa más de mil doscientas páginas dispuestas en dos voluminosos tomos. Las líneas entrecomilladas y la exposición de los seis puntos pueden leerse en una cuartilla que se adjunta a cada uno de los ejemplares de "Ur de los vascos, (Teoría toponímica)". Su autor es el médico Juan Miguel Sansinenea.

Por tanto, de entrada, ya observamos que aquí no hay trampa ni cartón ni se pretende engañar a nadie. Se trata, simplemente, de una teoría, pero de una asombrosa teoría. Después de sumergirnos en lectura de la obra que cito, llegamos a la conclusión de que su autor ha hecho tres cosas importantes y yo diría que también desusadas: Primero, trabajar. Trabajar durante muchos años con método riguroso. Segundo: adobar su trabajo con una gran modestia, tan lejana a esa suficiencia pedante e insoportable con que pretenden endilgarnos sus tabarras algunos de estos innumerables "sabios" que dieron ahora tanto en proliferar. Y tercero: cosa también muy digna de mención, Sansinenea expuso el fruto de su trabajo con una amenidad literaria tal, que la lectura de su obra se convierte en un verdadero recreo para el espíritu.

Y haciendo otro punto y aparte, deseo también señalar dos características que a mi juicio prestan a "Ur de los vascos" contextura y personalidad. Ya desde las primeras páginas observamos que se trata de una hipótesis perfectamente construida trazada con cartabón y regla y que no presenta recoveco alguno en el que pueda refugiarse el autor al sufrir las acometidas de su áspero itinerario. El autor corre de par en par los visillos de su cerebro y con metodología teutónica expone argumentos y consideraciones —pues claro que



si discutibles— que luego muy bien y diestramente puede resumir en pequeños epílogos y recuadros que permiten sintetizar de pasada todo el contenido de su estudiosa exposición. No hay calima en el cerebro de Sansinenea. Por otra parte, observamos también en “Ur de los vascos”, a veces, (véase por ejemplo página 962, capítulo dedicado a Manchuria) una cierta ironía que impregna tanto a premisas como a escalonadas aseveraciones. Con estas pizuetas, parece que el autor pretende desviar la trascendencia de su cometido. ¿Pero hasta qué punto?

Enmarcado en este ímprobo trabajo, su autor, el doctor Sansinenea, abordó el examen minucioso del radical “UR-hídrico” a todo lo largo de la geografía del mapa. Como él mismo asegura en el prólogo de la obra, conviene que reparemos en que “está admitido por la Ciencia, que el hombre, en el Paleolítico Superior Magdaleniense, se extendió por los cinco Continentes de la Tierra. La expansión humana, ¿pudo significar la expansión de una Lengua? ¿Podría ser esta Lengua una de las etapas lingüísticas pre-indo-europeas, la que empleó el sonido que nosotros escribimos “Ur”, y dio el nombre a los ríos de los cinco Continentes? ¿Pero esto parece absurdo! Y sin embargo daría un sentido etimológico a miles de nombres de Toponimia Hídrica que aparecen escritos en las Cartas Geográficas”.

El doctor Sansinenea no se recata en medir la trascendencia del examen, y si a veces su dubitación cartesiana remonta el vuelo en alas de ese entusiasmo que siempre provoca el barrunte de posibles descubrimientos, en el prólogo de la obra, su autor, afirma bien claramente que: “Presentamos una teoría: a veces parece absurda... otras veces, ¡no tanto!

Y no voy, ahora, a señalar el espectacular cotejo de coincidencias que muestra el radical “Ur” en prefijos y sufijos que se incrustan en vocablos “hídricos” repartidos por todos los parajes del mundo. Es tan inquietante y asombrosa esta coincidencia que ni los cientos de pozos y ríos de Kenia y Abisinia, ni los territorios situados en inmediaciones del lago Aral ni los innumerables ríos que nacen en las estribaciones del Himalaya, ni las etimologías “hídricas” de muchísimos ríos y zonas lacustres de Sudamérica, son capaces de, enumeradas aquí a vuela pluma, llevar al ánimo de una persona el interés y la zozobra que prenden en la conciencia del lector que se adentra en las páginas de “Ur de los vascos”.

Sólo destacaré, a guisa de anécdota que surgió precisamente en un medio que conozco, la pasmosa aportación que presta a la Teoría “Ur” el idioma finés y la geografía de aquel pueblo. Bien es sabido que la franja Suroeste de Finlandia, ya en los primeros siglos de nuestra Era, se convirtió en una de las rutas comerciales de la Europa que establecía contactos en el interior de Asia. Numerosos hallazgos arqueológicos (monedas, etc.), confirman este supuesto. Pues bien, precisamente en esa región finlandesa, y solamente en esa, encontramos hoy en día infinidad de vocablos que sustentan en su estructura la raíz “Ur”. Y casi todas estas palabras presentan etimologías hídricas: lagos, riachuelos, aves marinas, cauces de río, canalones de tejado, etc. Ignoro hasta qué punto, pero ciertamente pasmoso.

Y para terminar, y no también sin cierto asombro, hago eco a más de una pregunta que se me formuló en diferentes conversaciones. ¿En qué librería se puede comprar “Ur de los vascos”? Los dos tomos, sí, llegaron a mi poder, pero resulta que soy muy poco aficionado a prestar libros. Por eso repito la pregunta: ¿dónde proporcionan ese libro? Si la publicación cuenta con todos los requisitos que formula la ley, ¿por qué no aparece “Ur de los



vascos en los escaparates de las librerías? ¿Por qué no opinaron ya sobre él diferentes profesionales que, según parece, lo examinaron con cierto detenimiento? ¿Es que toponímica y etimológicamente hablando, el radical "Ur" lleva mucha pólvora en sus entrañas? ¡Ah de la quietud beatífica que se respira en los gabinetes de muchos hombres de investigación!

Postdata escatológica: mi asombro no es tan grande como parece. Porque el gran asombro espero que no se produzca, o que de hacerlo, venga luego, más tarde.

R. Z.

*LA FONCTION DE LA DOULEUR. Par S(eber) de Altubé, de l'Académie Basque.* Imprimerie Commerciale des Pyrennées, 11 rue Marechal Joffre, Pau. 1958. 120 páginas.

Esta es la obra póstuma de D. Seber de Altube y Lertxundi que ha llegado ahora a nuestras manos. Después de casi diez años de su edición y veinte de su redacción definitiva. Una obra que nos descubre una nueva faceta del mondragonés-guerniqués, la filosofía, y que nos revela su trilingüismo perfecto.

El Sr. Altube llegó a Guernica como músico en 1901. Había sido discípulo de Victoriano Balerdi en Mondragón y ganó por oposición la plaza de director de la Banda Municipal de Guernica que él tendría que fundar. Lo hizo en 1902. Poco después fundó el Orfeón "Guernica". Poco después la Academia Municipal de Música. Puesta en marcha la vida musical guerniquesa pudo encargarse de la dirección de una fábrica de armas "Alkartasuna" y llegó a patentar un modelo de pistola. Ya había empezado a estudiar el euskera de Guernica y sus contornos lo que le llevó a ocupar una silla en la Academia de la Lengua Vasca (1920). En 1922 se quema la fábrica de armas y se dedica por entero al euskera y a la música. Había dejado ya hacia 1917 la Banda y Academia en manos de D. Segundo Olaeta y Mugartegui, creador luego de los Ballets Olaeta. Pero siguió al frente del Orfeón que había convertido en mixto con motivo del Congreso de Estudios Vascos celebrado en Guernica en 1922. Con esta sola preocupación musical pudo asentar ideas y concebir, además de muchas colaboraciones musicales y euskerológicas, dos grandes obras que esperan su reedición: *ERDERISMOS* (Gaubeka, Bermeo: 1930. 316 páginas) y *EL ACENTO VASCO* (Gaubeka, Bermeo: 1932. 332 páginas). Dos años después publica, bajo los auspicios de la Academia y en su revista "Euskera" unas *OBSERVACIONES AL TRATADO "MORFOLOGIA VASCA"* de Azkue (Gaubeka, Bermeo: 1934. 232 páginas). El mismo año se publica su importante conferencia *LA VIDA DEL EUSKERA* (108 páginas). Esta época de publicaciones se vio complicada con un cargo público: fue elegido alcalde de la Villa Foral vizcaína en 1933.

El 29 de septiembre de 1936 se trasladó a Pau y allí alumbró una nueva faceta de su vida: la filosofía. Sin olvidar sus estudios y colaboraciones, principalmente euskerológicas, se concentró en el estudio del dolor. La enfermedad y su secuela, el dolor, habían sido ya obsesión de don Seber. En un cuadernito suyo, con notas manuscritas, que poseo, se describen, con detalle, algunos de los períodos de enfermedad que padeció, desde aquel "Octubre-Noviembre 1931: el jueves sudé en la Secretaría del Ayuntamiento (no había calefacción); a la salida parece que el cambio de temperatura me fue perjudicial aunque no lo noté..." Copia con detalle algunas recetas de



A. Zatarain, de Alegría, etc. y en el índice del cuadernito se lee: "Medicinas, 133" "Gripe". Don Seber escribía y meditaba sobre el dolor y sus remedios; pero no se iba a conformar con esto; iba a escribir un libro sobre las causas del dolor. Comienza a componer su obra filosófica y en la página 21 del cuadernito de hule que poseo, entre las direcciones postales que lleva por orden alfabético, introduce la siguiente referencia: "Fonction de la douleur (la) págs. 98 y 99" remitiéndonos a estas páginas donde dice: "Enviar a:" y ocupando página y media las direcciones de aquellos a quienes piensa enviar su obra, mecanografiada todavía. Por su sobrina Elisabete, que estará leyéndome en este BOLETIN, sé que pasó "dos semanas en Pau el año 1947 con osaba para ayudarle a copiar esa gran obra". Obtenidas las copias comenzaron los envíos a Jean Sarrailh, Henry Berr, Vladimir Jankelevitch, Raymond Arnold, Jean Wahl, Raymond Bayer, André Maurois, François Mauriac, etc., a diversas Sociedades Culturales, Facultades de Filosofía de todo el mundo. Envíos que anotaba don Seber con toda escrupulosidad de fechas y direcciones en el citado cuadernillo y en una hoja aparte que también poseo y en la que numera sesenta envíos.

Las respuestas no se hacen esperar. Jean Sarrailh, Rector a la sazón de la Universidad de París, le dice: "Laissez-moi vous redire combien j'ai été heureux de fair connaissance avec votre pensée si riche et si humaine." Vladimir Jankelevitch, Profesor en La Sorbona: "permettez-moi de vous considérer, malgré l'intérêt scientifique de votre théorie comme un philosophe original et de vous dire encore, Cher Monsieur, mon entière et dévouée sympathie." Y así otras muchas frases de la correspondencia recibida. Ello le anima y se lanza a editar la obra. Se hace una tirada de 500 ejemplares el 27 de febrero de 1958, con registro en el Depósito Legal de la Biblioteca Nacional Francesa y en el Ministerio del Interior el 18 de marzo de 1958. Comienza la distribución de la obra a Bibliotecas y centros culturales y la corta edición queda reducida a unos pocos ejemplares ahora disponibles gracias a los cuidados de Elisabete Sauzon D'Altube que ha cedido los ingresos para el fomento del euskera.

Me he tomado la libertad de ser un poco prolijo en la exposición de lo que podríamos llamar la "circunstancia" del libro. Como no soy filósofo renuncio a meterme entre líneas y profundizar en su esencia. No dudo de que este libro será leído por quien pueda hacer en estas mismas líneas una extensión a fondo. No obstante, y como guía, traduzco los titulares de los once capítulos de que consta: "I: Magnitud y Universalidad del Dolor. II: Problemas cosmológicos. III: Discusión en el dominio físico. IV: Discusión en el dominio biológico. V: Discusión en el dominio psíquico. VI: El hombre ante el Universo. VIII: El determinismo en la Historia Humana. VIII: Las guerras. IX: El progreso. X: Problemas político-sociales. XI: El futuro de la Humanidad. Conclusiones de orden moral." Sigue al final una amplia bibliografía consultada; casi cien títulos que avalan la preparación del autor en este nuevo campo del músico, filólogo, euskerólogo y hasta inventor que fue don Seber de Altube y Lertxundi.

José Antonio Arana